

cordé una de las oraciones de su bendicion, las campanas nos protegen contra las tempestades y contra el rayo. Apesar de los sar-

sobre Dios, sobre si mismo, sobre su estado presente y el porvenir cosas inéfables que son verdaderas advertencias del cielo y secretos llamamientos de la gracia. Qué otra cosa hace la campana? Ella nos habla constantemente de la religion y de nuestros deberes; nos recuerda siempre á Dios, en nombre de Dios. Me bastará, para demostrarlo con brillo, recurrir á los diferentes ministerios que ella cumple. Solamente indicaré algunos. — El domingo no es la campana la voz de Dios que repite cómo en el Sinaí: « Acuérdate de santificar el dia del Señor? » — En el Bautismo de un niño, la campana es la voz de Dios, publicando su nueva conquista, y recordando á los cristianos su primer compromiso contraído. — El dia de la primera comunión, la campana es la voz que invita las almas al festin del amor. — En el dia de los funerales, la campana es la voz de Dios que proclama la nada de la vida, que obliga á los dichosos á mirar la muerte de frente, y á decirse: á ése hoy, á mí mañana; roguémos por los difuntos, á fin de que las oraciones no me falten en mi hora suprema. — Cuando una tempestad susurra y amenaza destruir, en una hora, el fruto de los trabajos de un año, la campana que la anuncia, es la voz de Dios, dueño de los elementos, que recuerda su soberano dominio á la criatura, y la hace doblar la rodilla en interés de los humildes tesoros que ella tiene de su mano poderosa. — Una nacion viene á dar gracias al Dios de los ejércitos por un nuevo laurel que corona su frente; mientras que una voz de bronce, simbolo é instrumento de la fuerza, el cañon, descansa de su mortifera obra proclamando su victoria, la campana, simbolo de la paz y de oración, es la voz de Dios reivindicando para él mismo el principal honor del triunfo: *Dat dignis victoriam*. Es tambien la voz de la patria, imitando las que cantaban en Belen: « Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres », á los reyes y á los pueblos de sincera alianza y « de buena voluntad. » — Así acontece en todas las circunstancias en que la campana habla. Cada uno de sus tañidos es un recuerdo, una lección, una advertencia, un estímulo para el deber, una invitación ó una censura. La campana es un misionero y un predicador de avanzada; es un centinela colocado en el punto culminante de la vida, y que, transmitiendo á cada momento

casmos de la impiédad y diga lo que quiera la ciencia, verdadera ó falsa, sobre el efecto natural del sonido de las campanas, noso-

las consignas del cielo, dice continuamente: *Sursum corda!* Tál es el espíritu, tál es la mision, tál es el alma, háse dicho, tál es la vida de la campana. — Ella no pronuncia más que sonidos inarticulados; pero todo el mundo comprende su lenguaje. Ella es la sola musica del pobre y regulariza todas sus horas. Por la mañana, le despierta; al mediodia, le invita á comer, y por la tarde, le hace caer de las manos el instrumento de sus labores. La campana tiene no sé que encanto para el corazon justo; ella imprime no sé que terror en el corazon de los malos. Es el honor y la alegría de una parroquia; ánima y embellece sus fiestas, participa de todos sus placeres, de todos sus duelos y de todos sus peligros. Ella puebla las soledades, y su ausencia hace el vacío. Eleva al hombre por encima de la región de los sentidos, é impregna todo con un sello religioso que sobrenaturaliza la vida, y sobre todo la campana natal, deja en nosotros recuerdos imperecederos. Oid á Napoleon I sobre el peñasco de su destierro: « El toque del *Angelus* me falta en Santa Elena. No puedo yo acostumbrarme á no oirlo. Nunca hirió á mi oido el sonido de las campanas sin llevar mi pensamiento á las impresiones de mi infancia. El *Angelus* me atraia dulces recuerdos á mi imaginación. Cuando yo lo oia bajo los bosques de Saint Cloud, frecuentemente se me creia ideando algun plan de campaña ó alguna ley del imperio; pero sencillamente daba descanso á mi pensamiento, dejándome ir á las primeras impresiones de mi vida. La religion es el reino del alma, y el ancora de la desgracia. » (Mgr. Pavy, loc. cit.) — Hay otras circunstancias tambien en que la campana hace oír un tierno y elocuente lenguaje. Un niño acaba de nacer (Bautismo)... El niño há crecido (Primera Comunión)... Pero está escrito: El hombre abandonará á su padre y á su madre (Matrimonio)... Del banquete nupcial á la tarde de la vida, el trayecto es corto. Tendido sobre un lecho de dolor, proximo á comparecer delante del tribunal de su Juez supremo, uno de vuestros hermanos há reclamado los consuelos de la religion, los sacramentos de la Iglesia. Tierna madre vá á prodigarle sus últimos cuidados, á abrirle todos sus tesoros y á prepararle el camino de la eternidad. Satanás, cómo un león furioso, dá vueltas en derredor, ruge, dispuesto á devorar y arrastrar á los abismos infernales esta in-

tros los cristianos estamos obligados á tener por cierto que estos toques tienen por resultado natural « rechazar á lo lejos el gra- fortunada victima. Abrumado por los dolores de la muerte, rodeado por los peligros del infierno, el desgraciado ! no puede haceros oír su voz ; no puede invitaros á ayudarle con vuestras oraciones para hacer una santa muerte. Pero la religion há provisto á ello, y le há preparado un interprete. Es la campana quién llena esta mision, con su triste, lento y monotonó tañido. — Muy luego despues, la campana hace oír nuevos sonidos, pero son más tristes todavia : es el que anuncia el fallecimiento. Ah ! la muerte há herido á su victima. Interprete del dolor cómo de la alegría, la campana se apresura á anunciar esta lugubre noticia y á dirigir á todos los que la oyen, una tierna invitación y á darles saludables advertencias. Oh vosotros ! que disfrutais todavia de las dulzuras de la vida, dad tregua un instante á vuestras alegrías y placeres ; oid mis dolorosos acentos : la muerte acaba de arrebatár á vuestro hermano ! Parientes, amigos, cristianos, rogád á Dios que reciba su alma en su eterno descanso. La muerte acaba de herir á vuestro hermano ! Temblád, vivientes, era ayer su turno : *Heri mihi*. Mañana, esta noche misma, hoy quizás, será el vuestro : *Tibi hodie*. Eccli. xxxviii, 23. Vivid cómo si fuerais á seguirle en la sepultura ; preparádos á dar vuestras cuentas ; vigilád, porque no sabeis ni el dia, ni la hora. *Vigilate*, vigilád, á todos os lo digo : *Omnibus dico : Vigilate*. Marc. xiii, 37. Ancianos... *Vigilate*. Jovenes... *Vigilate*. Yo toco por el niño en la cuna, por el joven en la flor de la edad, más frecuentemente tambien que por el anciano decrepito. Muy pronto, muy pronto, tocaré por vosotros... — Sin embargo, hay una época en el año en que, durante varios dias, la campana se calla. ¿ Es que durante estos dias no tiene nada que anunciar ? Cómo ! durante estos dias en que se han réalizado los más grandes y más asombrosos misterios de la religion ! en que la Iglesia viuda, desolada, llora á su Esposo amadisimo ! durante estos dias consagrados á celebrar la memoria de los sufrimientos y de la muerte de un Dios, y de la redencion de los hombres ! Cómo ! la campana no tendria nada que anunciar ! Oh ! antes bien, si ella se calla, es que su voz es impotente para repetir lo que ninguna voz podria expresar ! Pero, cómo su silencio es elo- cuente ! Silencio de asombro y admiracion á la vista del exceso de

nizo con sus ruidos siniestros, los torbellinos de las tempestades, y la violencia del huracan. » Si fuera de otra manera, seria preciso decir que las bendiciones hechas por la Iglesia son sin eficacia, lo que no puede admitirse. « La campana consagrada por una bendicion, que es un sacramento transitorio, dice un sabio teólogo, llega á ser un sacramental permanente, porque su consagracion permanece mientras que existe ella, el sonido que dá, está completamente impregnado de la virtud que le há sido sobrenaturalmente conferida. Y esta virtud, como nos lo enseña expresamente el Pontifical, viene, del mismo modo que cualquier otra del mismo genero, de la cruz de Jesucristo, principio y origen de toda gracia, y cuyo signo há sido trazado varias veces en la campana por las unciones, y permanece representado de una manera fija ; porque es de regla que toda campana destinada á un uso sagrado debe estar adornada por una cruz en relieve ó grabada. — Las formulas liturgicas, añade el mismo teólogo, tienen un valor doctrinal, y un catolico no puede suponer que las enseñanzas que ellas contienen séan negables. Basta que la virtud de que acabamos de hablar séa atribuida á las campanas bendecidas en las oraciones de su consagracion, para que estemos obligados á admitirla y crearla. Podriamos, no obstante, citar otras autoridades y multiplicar los testimonios... Recordémos so-

amor de Dios para con los hombres ; silencio de asombro y de horror á la vista del exceso de maldad y de ingratitud de los hombres hacia Dios ! Y si, mientras que la Iglesia no hace oír más que acentos quejumbrosos, no invita á venir á compadecer el dolor de su madre, á mezclar sus lagrimas con sus lagrimas, sus gemidos con sus gemidos, es que el reconocimiento les hace un deber ; es que su piedad filial debe llevarlos allí, y su silencio mismo, que parece querer respetar una desolacion profunda, un incomparable dolor, su silencio dice mucho más que sus sonidos más sonoros. Asi, cuando en nombre de la religion la campana se calla, como cuando hace oír sus sonidos, ella tiene para nosotros un lenguaje significativo. (Pierquin, *El Apostol de las aldeas*, Discurso para la bendicion de una campana.)

lamente que el Concilio de Colonia, celebrado en 1536, há juzgado útil fijar la atencion de los fiéles sobre este punto importante, y, copiando las propias expresiones del Pontifical, há declarado, al enumerar los efectos sobrenaturales producidos por el sonido de las campanas, que reproducia la antigua creencia de la Iglesia confirmada por los Padres y Doctores ¹. »

Sin embargo, es esencial advertir que sucede con el sonido de las campanas como con el agua bendita, por ejemplo, ó con el pan bendito. Esta agua y este pan tienen ciertamente la virtud de borrar los pecados veniales, pero esta virtud no tiene este efecto más que en los que los usan con una sincera devoción. Del mismo modo, la eficacia del sonido de las campanas no obtiene su resultado más que en favor de los que se unen por su fé y sus oraciones. He aquí porque el cuarto concilio provincial de Milan, presidido por San Carlos Borromeo, había éditado esta prescripcion: « Cuando se estará amenazado de una nube ó de una tempestad, se conformará con las costumbre de la Iglesia, tocando las campanas, tánto para alejar la tempestad por la virtud divina que les han conferido las oraciones solemnes y la consagracion que han recibido, cómo para implorar la misericordia de Dios por las oraciones penetradas de la piédad cristiana. Advertidos los fiéles por este sonido, se reunirán, si pueden, en la iglesia catedral ó parroquial ó en alguna otra más proxima para orar, ó por lo menos, en cualquier lugar que se encuentren, séa en sus casas, séa fuera, harán subir hacia Dios sus suplicas ²,

1. Ecalle, *Semana del Clero*, tomo 2, p. 595-96.

2. El sonido de la campana deshace la tempestad, aparta los truenos y disipa la tormenta. *Vox Domini præparantis cervos*, es decir que, como las ciervas son ayudadas á producir sus pequeños por el ruido del trueno, así las almas fiéles son excitadas por el sonido de la campana para enviar sus deseos y sus suplicas al cielo. (*El Ritual de Bourges*, del año 1666). — La campana conjura el rayo y « el espíritu de las tempestades. » Que la campana recibe esta virtud en la ceremonia de su consagracion, las formulas expresadas de nuestra liturgia

Hé aquí, cristianos, como las campanas, una vez bendecidas y consagradas, nos perservan de las tempestades y del rayo, del gra-

no permiten dudarle. Que se léa las bellas oraciones recitadas sobre ellas, y se vé que el imperio del aire les es dado, que reina sobre él como soberana, disipando todas las influencias malignas que pueden alterar su pureza ó turbar su serenidad. Pero, de qué manera y en qué circunstancias ejerce esta accion bienhéchora? Es aquí que es necesario cuidarnos de toda exajeracion, que ofenderia mucho más que no honraria á la verdadera piédad. Creer, con una humilde confianza en la bendicion de la Iglesia y la proteccion de Dios, que el sonido de la campana, acompañado de los impulsos piadosos de un corazon fiél, posee habitualmente y en « prioridad de potencia, » para hablar el lenguaje de la escuela, la virtud de volver á serenar y de purificar el aire, de impedir á las tempestades formarse, conservando el equilibrio de los elementos de que se componen el rayo y el granizo, es una creencia santa é irreprochable. Pero, cuando se condensan pesados vapores, cuando las nubes se amontonan, cuando el trueno retumba sobre el campanario surcado por siniestros relampagos, contar con que la campana, movida con toda su velocidad en la region de la tempestad, desviará sus golpes y apaciguará sus coleras; ó, en otros terminos, pretender que ella rechazará un azóte abriéndole ancho paso en el lado de la nube que desgarrá; ó también, pegar fuego á una mina para detener la explosion, ¿ qué otra cosa es más que tentar y desafiá á Dios, pedirle un milagro contrario á todas las reglas de su sabiduria, ofender su bondad con una confianza que él reprueba como temeraria é insensata, desde el momento que ella afecta el menosprecio de los consejos de la prudencia más vulgar? Si se objeta con la costumbre, que, desde hace mucho tiempo, há prevalecido, de tocar las campanas bajo la accion misma de la tempestad, dirémos que toda costumbre, por ser antigua y generalmente practicada, nos es siempre legitima; que más de una santa costumbre se há alterado alejandose del espíritu de su primitiva institucion. Respecto de este en particular, estamos inclinados á creer que su primer motivo, completamente religioso y de caridad, se há transformado con el tiempo y la interpretacion de los hombres, en una falsa idea de socorro y de proteccion; cuántos raros tañidos dados con algun intervalo no tenian al principio otro objeto

nizo y de los torbellinos. Pero hay otras tempestades que las de los elementos desencadenados, y que la campana no conjura menos eficazmente. Las que los espíritus infernales, extendidos alrededor nuestro por los aires y queriendo perdernos por todos los medios, se esfuerzan por levantar en nuestros corazones, encendiendo unas veces los fuegos de la cólera, otras los venenos de los celos y del odio, ahora las llamas de la impureza, después los germenos de otras pasiones. Todos estos espíritus de malicia, todos estos príncipes de las tinieblas, todos estos genios malhechores, todos estos poderes infernales, los sonidos de las campanas benditas les despiden y los dispersan como ligeros átomos y vil polvo. La campana hace más que purgar las regiones del aire de la presencia de los espíritus inmundos y maléficos; los lanza también del corazón del hombre y restablece en su lugar la tranquilidad y la serenidad. Cuántos de nosotros lo hemos experimentado! Cuántos que, apremiados por la tentación, estaban á punto de sucumbir, cuando la campana há roto el encanto que los fascinaba, y los há puesto en posesión de sí mismos! Sin la campana, y gracias á su poder contra los demonios, cuántos cristianos, expuestos á ir al infierno, que han llegado y llegarán todavía al cielo!!

que invitar al pueblo á la oración ó anunciar la proximidad de un abrigo al viajante expuesto á los furores de la tempestad, han introducido éstos toques ruidosos y precipitados que llaman y provocan las desgracias que un prejuicio fatal las supone hábiles para alejar. (El Cardenal Giraud, loc. cit.)

1. Las campanas tienen un maravilloso efecto: es que los diablos que van por el aire huyen de semejante sonido, y le tienen horror como cosa instituida para llamar los hombres á servir á Dios: por lo que tanto cómo se deleitan con la música que provoca los hombres al mal, otro tanto huyen del sonido de las campanas, que les causa daño; y por el contrario, conmueve al cristiano para despertar su espíritu, como cosa que recuerda á Dios, y los tiempos en que los hombres le hacen sacrificios y oraciones. Porque mientras ellas están dedicadas

Conclusion. — Historia de las campanas, ministerio de las mismas, hé aquí cristianos, el doble objeto del discurso que acabais de oír. Confío en que la historia de las campanas os habrá interesado, y que más de una vez desearéis recordarla entre vosotros, porque entre los objetos que sirven para el culto, quizás no hay nada más popular que las campanas. En cuánto al ministerio de que están encargadas, no solamente há debido interesaros, sino también inspiraros prudentes resoluciones. No lo olvidémos, los deberes que las campanas nos recuerdan, séa cada día, séa cada domingo, séa cada fiesta, séa en cualquier otra circunstancia, nos han sido impuestos por Dios mismo. Séamos reconocidos á las advertencias que ellas nos dán, y no desóigamos su voz como no desóiriamos la de Dios. Escuchando ahora con docilidad la voz de las campanas, es cómo podremos oír un día, sin terror, la de la trompeta del juicio final. Por el contrario, cómo el sonido de esta será terrible para los que habrán sido sordos á las melodiosas advertencias de las campanas! Estémosles también reconocidos por su

á esto, conmueven al hombre interiormente, y elevan su alma á oración. (Pierre Messie, *Lecciones varias*, p. 2, c. 9).

1. Alphonsus Rodriguez, S. J. janitoris officio fungens, quoties campanulæ signum audiebat, cogitare assuevit, illam a Christo pulsari, ideoque sine mora ad portam festinabat. Hæc promptitudo adeo placuit Christo, ut ipse non raro aspectabili forma, cum sanctissima Matre, aliisque sanctis, collegium ingredi sit dignatus. Ita assuescat christianus audito campanæ sonitu mentem elevare ad Deum, et divina (CLAUS, *Spicileg. univ. art. Campanæ.*) — El culto que os pedimos por la campana, es un culto de inteligencia y de sentimiento, un culto según el espíritu y según la verdad. Esta alma que le hemos atribuido, es vuestra fé, es vuestra esperanza, es vuestro amor que deben soplarla en ella. De ahí se desprende su virtud más eficaz. Si los sentimientos de vuestra religión no la vivifican y no la animan, si vuestros corazones no acompañan sus vibraciones con impulsos piadosos, en vano os confiaréis á su socorro; ¿qué sería más que un *bronce sonante*, y un *metal sonoro*, que fatigaría el aire con sus inútiles clamores? Hacéd por ellas lo que el gran Obispo de Hipona recomienda á los cle-

proteccion contra las tempestades y, sobre todo, contra los espíritus infernales que quieren perdernos. Coóperemos á su acción, para hacerla eficaz, uniendo nuestras oraciones á sus benéficas armonías. Así la ceremonia que vá á ejecutarse no será estéril

rigos en la recitacion del oficio, respecto de los Salmos del rey-profeta: « Cuando la campana gime, llorad y gemid con ella; cuando estalla en acentos de alegría, alegrádos en el Señor; cuando alaba y bendice, alabád tambien y dad gracias. » ¿ Os invita á la oracion, al trabajo y al descanso? obedeced á esta señal, como si os fuera dada por boca de Dios mismo. ¿ Os llama al templo santo? exclamád: *Mi corazon se há estremecido con esta feliz nueva que se me acaba de anunciar: irémos á la casa del Señor.* Cada vez que la oigais, decid: Todavía una hora despegada de la corona de mis dias, todavía un paso hacia el termino de mi carrera; pero, avanzando hacia este termino de la vida, ¿ qué progresos hé hecho en la via de la eternidad? Una hora ultima llegará despues de la cuál mi existencia no se medirá más por el tiempo; y si esta ultima hora fuera á sonar, ¿ es en las manos de un padre ó de un juez que caerá mi alma? (El Cardenal Giraud, loc. cit.). — Si ahora la campana nos habla, es en nombre del Dios de las misericordias. Un dia llegará en que ella no me hablará más. Otra vez se hará oír y nos hablará; pero será en nombre del Dios de justicia; será el sonido terrible de la trompeta del angel del Juicio. Oirémos esta voz terrible, y no estará en nuestro poder no oirla y no acudir á su llamamiento. La oirémos, y despertándonos del sueño del sepulcro, nos levantaremos é irémos á comparecer delante del tribunal del soberano Juez. Desgraciados los que, durante su vida, habrán desconocido la voz de Dios que les hablaba por la campana! serán precipitados en los abismos eternos. Allí, no oirán más que llantos y rechínamientos de dientes. Por el contrario, dichosos los que habrán tenido el sonido de la campana por la voz del cielo, que se habrán apresurado á acceder á sus invitaciones! Ellos merecerán ir á oír los sonidos armoniosos, los cantos de alabanzas y los sublimes canticos que los angeles no cesan de hacer resonar en el cielo. (Pierquin, loc. cit.). — Dichosa el alma que, en el sonido de la campana, sabe reconocer la voz de Dios! En este sentido, ser docil á la campana, es una gran cosa, porque es ser fiel á la gracia. (Mgr. De La Bouillerie, *Obras*, tomo 3, pag. 158.)

para nosotros, sinó que nos procurará uno de los más preciosos medios de salvacion que la Iglesia haya podido poner á disposicion de sus hijos. Así sea.

PARA LA INAUGURACION DE UN ORGANO.

ALOCUCION UNICA.

Utilidad del Organo.

I. El organo embellece las ceremonias del culto. — II. El organo nos ayuda á orar bien. — III. El organo nos enseña á vivir bien.

Uno de nuestros más vivos deséos era ver un Organo instalado en nuestra querida iglesia. Este deséo, gracias á nuestros esfuerzos comunes, hélo hoy satisfecho, y nuestro primer pensamiento debe ser dar gracias á Dios, pues es cierto que él há hecho todavía más que nosotros por la realización de nuestros votos. Gracias le sean tributadas, por la generosidad que há inspirado á tantas personas que han contribuido para la adquisicion de este soberbio instrumento! Pero ahora que lo poseemos, tratase de saber de una manera muy precisa cuál será su utilidad en medio de nosotros. Es lo que me propongo enseñaros en esta platica, explicandoos, en pocas palabras, las principales ventajas que está destinado á producir. Estas ventajas son tres. Primeramente, el Organo embellece las ceremonias del culto divino. En segundo lugar, el Organo nos ayuda á orar bien. Y en tercer lugar, el Organo nos enseña á vivir.

I. — *El Organo embellece las ceremonias del culto divino.* — Nadie duda que no sea para nosotros un deber recurrir á todos los medios de que podemos disponer, para dar al culto divino toda la pompa y toda la solemnidad posible. Siendo Dios el autor y el inspirador de todas las cosas, es justo que todo lo que existe y todo lo que